

Humboldt y el exotismo

Humboldt and the exotic world

Enrique Gómez Acosta¹

Recibido: noviembre, 2009 / Aceptado: febrero, 2010

*Los monos son tanto más tristes cuanto
más se parecen al hombre.*

(Humboldt, 1985 T.2:131)

Resumen

Con su formación intelectual y su sensibilidad, Humboldt logró una descripción exótica de la naturaleza tropical que durante muchos años, después de su muerte, identificaría a las excolonias españolas. Científicos, artistas y viajeros de todo tipo, vendrían por estas tierras en pos de Humboldt. No alcanzó, sin embargo, a captar una imagen exótica de la sociedad colonial que afirmara la otredad del hombre americano.

Palabras claves: Humboldt; exotismo; identidad; otredad.

Abstract

Academic background and sensibility are paramount attributes in Humboldt's description of the tropical regions' exotic nature. Subsequently, that description remained as unique geographical image identifiers of former Spanish colonial landscape. However, in spite of its scientific, artistic and exploratory character, Humboldt's work did not reach any well defined exotic image of colonial society, due to the essentially overriding nature of the tropical world.

Key words: Humboldt, exoticism, identity, otherness.

¹ Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales, Escuela de Geografía, Mérida-Venezuela. Correo electrónico: egomez@ula.ve

1. Introducción

El exotismo es un tema que los geógrafos y otros científicos sociales vienen estudiando desde hace algunos años, particularmente en los países desarrollados. La emergencia del tema se debe, en gran parte, a la amplitud de las investigaciones sobre la identidad y la otredad, enmarcados en la nueva geografía cultural.

Según el DRAE es exótico aquello extraño, chocante, extravagante y también el extranjero que proviene de un lejano país. Se habla de pueblos, vegetación, animales, costumbres, alimentos exóticos, para hacer notar que son extraños, diferentes a los que vemos cotidianamente. Mientras más distantes se encuentren más exóticos parecen. Aunque haya algo de todo eso en el empleo del término exótico por antropólogos y geógrafos, la noción de exotismo va mucho más allá para revelarnos el sentimiento de lo diferente y la importancia de ser *de aquí* y *no de allá*; porque lo universalmente aceptado, hasta ahora, es que el *aquí* sigue siendo occidente, Europa en particular.

La sensación de exotismo “*no es otra que la noción de lo diferente; la percepción de lo diverso; el conocimiento de que algo no es en sí mismo; y el poder del exotismo que no es sino la capacidad de concebir de otro modo.*” (Segalen, 1989: 20). “*El exotismo no existe en el orden de los hechos, sino en tanto que hechos del lenguaje. No es lo propio de ciertos lugares, personas u objetos, sino lo propio de una mirada o de un discurso sobre aquellos, exotizados de esa manera. Se trata de una formación discursiva mediante*

la cual el Occidente se crea una alteridad (y al mismo tiempo, una identidad) geográfica.” (Staszak, 2008a: 130). En otro artículo, el autor citado insiste: “*El exotismo no es nunca un hecho o la característica de un sujeto. No es ni un punto de vista ni un discurso, es un conjunto de valores y representaciones a propósito de algo en algún sitio o de alguien. Hablar de exotismo, es menos analizar un objeto que el discurso de un sujeto sobre ese objeto.*” (Staszak, 2008b: 8).

El tema fue bastante tratado durante el siglo XX en relación con las bellas artes, la literatura y la historia. Pero desde el momento en que la mirada se fija en la *otredad* de un espacio determinado, aparece un exotismo geográfico basado en sensaciones individuales y colectivas que envuelven manifestaciones de pertenencia y de dominación territorial, vivencias de alejamiento o de íntimas relaciones con el entorno natural. Tomamos el concepto de otredad desde la contemporaneidad para situar al Barón de Humboldt frente a la naturaleza tropical y la sociedad colonial. Intento seguramente incompleto, ya que solamente nos referiremos a aquella parte de la obra de Humboldt relacionada con Venezuela.

El artículo consta de cuatro partes. La primera presenta a Humboldt como viajero; es decir, con el impulso inicial del exotismo. La segunda caracteriza la descripción exótica de Humboldt. La tercera muestra la dificultad de extraer una imagen única, estereotipada, de la sociedad colonial. En la cuarta parte hacemos notar algunos efectos de los relatos de Humboldt en el autoexotismo de

Don Andrés Bello. El texto es deudor de los trabajos realizados sobre el tema por los geógrafos Paul Claval, Jean François Staszac y Bertrand Levy, así como del libro *Ensayo sobre el exotismo. Una estética de lo diverso*, de Víctor Segalen.

2. Humboldt exota

Decía Segalen (1989: 21): “*en el mundo hay viajeros natos: los exotas*”. Fueron muchos los viajeros famosos que partieron de la Europa de todos los tiempos impulsados por la curiosidad y el deseo de dar a conocer el ecúmene, por espíritu de aventura, por razones políticas, económicas, religiosas y hasta artístico-literarias. Humboldt quien conocía los relatos de los principales viajeros de la historia, era un exota en el sentido segaleniano del término, pero también un científico nato. Su expedición se inscribe en los llamados viajes filosóficos: Para entender al Hombre que conocemos era necesario observar las sociedades primitivas y tal conocimiento sólo era posible por medio de viajes a países lejanos (Claval, 2008).

A doscientos años de distancia es difícil imaginarnos la trascendencia de la obra de Humboldt sin el viaje al continente americano, tan íntimamente ligado a su proyecto científico, a su vida y a nuestra historia. Sin embargo, sabemos que en 1797 su intención era de acompañar a lord Bristol en una expedición a Egipto y remontar el Nilo hasta Siene. Esa expedición, minuciosamente preparada, no pudo realizarse¹, pero tampoco quebrantó las ilusiones de un hombre

inmerso en una Europa fascinada por los grandes viajes y cautivada por la imagen de un Oriente mítico. Podríamos preguntarnos, si para un espíritu excepcional, tan científicamente seguro de sí mismo, no hubiese sido lo mismo aventurarse a cualquier lugar de la Tierra donde la naturaleza le ofreciera lo que buscaba. Quizá podríamos interpretar en ese sentido las líneas siguientes: “*Abandonamos las playas de Cumaná como si la hubiéramos habitado largo tiempo. Era la primera tierra a que habíamos arribado en la zona a la cual tendían nuestros anhelos desde temprana edad*” (Humboldt, 1985 T2: 245).

Notemos que el geógrafo alemán emplea el término *zona* con una vaguedad aparente, hubiera podido ser cualquier tierra en esa zona, la tropical, pero quizá no hubiera sido hechizado, en tan poco tiempo, por otra naturaleza como lo fue por ésta. En Venezuela no llegó a sentir nostalgia por su patria lejana y por momentos pensó que podría radicarse en estas tierras. En una carta enviada a su hermano Guillermo desde Cumaná, el 17 de octubre de 1800, le decía: “*No me canso de repetirte cuán feliz me siento en esta parte del mundo, a cuyo clima me he habituado de tal modo que me parece no haber habitado nunca Europa*” y agregaba: “*lo único que en esta soledad podría echar de menos, es permanecer extraño a los proyectos de la civilización y la ciencia de Europa, y el estar privado de las ventajas resultantes del intercambio de ideas*” y, no obstante, confesaba que “*las distracciones que en los países civilizados provienen del trato con el*

hombre no me distraen en nada aquí, y por el contrario, la naturaleza me ofrece sin cesar cosas nuevas e interesantes (Humboldt, 1985, T5: 266).

Esas cosas interesantes que lo hacían sentirse **él mismo** y a la vez **otro**, resplandecían en los reinos de la naturaleza en abierta interacción, algo que nunca encontraría en las altas latitudes, donde las fuerzas productivas de la naturaleza orgánica permanecen ocultas durante largos períodos invernales. Seguramente, la mente del joven Humboldt recorrió naturalezas lejanas, extrañas, exóticas, a veces edénicas, guiadas por narraciones prerrománticas. Pero la realidad lo llevó más allá de la imaginación y de lo que como científico naturalista esperaba encontrar. Sólo él podía regresar a Europa con lo observado y lo vivido: Con una descripción exótica de la naturaleza y de la gente de estas tierras.

3. Descripción exótica de la naturaleza

El proyecto científico de Alejandro de Humboldt (1769-1859) es esencialmente el estudio de la Naturaleza, inspirado en el concepto de *physis* que, con diferentes interpretaciones, había sido utilizado desde los presocráticos hasta la Ilustración, y desarrollado posteriormente por filósofos como Kant (*Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza*). En tanto que representante excepcional del *Goethezeit*, el sabio alemán no ignoraba las especulaciones filosóficas en torno al

concepto de Naturaleza, pero siempre evitó, en lo posible, desviarse de su objetivo principal: La descripción científica del mundo perceptible.

Humboldt reconoce el remoto origen griego del concepto de *physis* y, en síntesis, asume la definición según la cual la naturaleza es “*todo lo que crece y se desarrolla perpetuamente, lo que sólo vive por un cambio continuo de forma y de movimiento interior*” (Humboldt, 1944: 36). De tal manera despoja el concepto de cierto contenido teológico todavía subyacente en las interpretaciones de muchos científicos del siglo XIX, y en este aspecto se acerca notablemente a los materialistas franceses, en particular al Barón de Holbach y a Diderot.

Humboldt descarta toda intervención extramaterial en la compleja Naturaleza y no establece separación neta entre el mundo material y el espiritual: “*Así como Inteligencia y las formas de lenguaje, el pensamiento y el símbolo están unidos por lazos secretos e indisolubles, del mismo modo también el mundo exterior se confunde casi sin echarlo de ver, con nuestras ideas y nuestros sentimientos*” (Humboldt, 1944: 64).

En consecuencia, el conocimiento de la Naturaleza presupone una interrelación profunda entre el sujeto y el objeto, de forma que quien quiera llegar a ese conocimiento debe saber combinar las sensaciones internas provocadas por el mundo exterior con la explicación racional de los fenómenos que lo integran. En ese quehacer, la inteligencia y el alma van incesantemente del todo a las partes y re-

cíprocamente, con el fin de descubrir una concatenación de leyes en la aparente diversidad de las cosas.

Anterior al conocimiento científico de la Naturaleza existe y siempre ha existido, una fase contemplativa generadora de dos grados de goce. El primero es independiente del conocimiento, de cualquier reflexión sobre lo particular, sobre lo que concretamente se manifiesta ante la vista, y: “*nos revela como por una misteriosa inspiración, que las fuerzas del Universo están sometidas a leyes*”. Otro goce, diferente, “*es el producido por el carácter individual, la configuración de la superficie del globo en una región determinada*” (Humboldt, 1944: 25). Humboldt habla de goces porque la contemplación de la Naturaleza engendra sentimientos sublimes y porque definitivamente el inacabado conocimiento del Universo es fuente inagotable de estímulos espirituales e impresiones. Impresiones que no actúan separadamente “*porque el gran carácter del paisaje y de toda escena importante de la naturaleza se revela, por decirlo así en la conexión de impresiones, en la unidad de las emociones y de efectos que se producen en cierto modo de una sola vez*” (Humboldt, 1944: 27). La unidad interna aparece como el trasfondo emotivo de su concepción holística del mundo, expresada en lo que podríamos llamar una descripción sensible, o mejor, exótica de la naturaleza.

La naturaleza tropical es extremadamente rica y dinámica desde los mares, las tierras, las selvas, las montañas hasta el océano celeste. Para penetrar en sus se-

cretos se necesitan métodos científicos e instrumentos efectivos y precisos. Humboldt empleó todos los que pudo. Pero, la imagen sentida de esa naturaleza, la que pretendía extraer para presentarla como *otra diferente en todo*, sólo podría lograrla a través de la comparación, la palabra y el dibujo.

En la práctica humboldtiana, el valor explicativo de la comparación no proviene únicamente de las diferencias o semejanzas entre volúmenes y formas sino de la convicción previa de la unidad de la naturaleza y de la existencia de leyes subyacentes en el caos aparente de las cosas. Sin embargo, por más heurística que fuera, esa comparación no le suministraba una explicación completa del paisaje porque también debían compararse las sensaciones internas originadas por la contemplación: “*...los modelos comparativos útiles en lo relativo a las ciencias, apenas dan a conocer lo que caracteriza a la naturaleza en zonas templadas y en la zona tórrida. A la vera de un lago, en una vasta selva, al pie de esas cumbres cubiertas de hielos eternos, no es la grandeza física de los objetos lo que nos infunde una secreta admiración. Lo que habla a nuestra alma, lo que nos causa emociones profundas y tan variadas evaden nuestras mediciones tanto como las formas del lenguaje. Cuando se siente a lo vivo las bellezas de la naturaleza, se teme embotar esa fruición comparando aspectos de diferente carácter*” (Humboldt, 1985 T III: 9)

En el siglo XIX se nota una relación entre el exotismo y el romanticismo, manifestada en la intención de los viajeros.

“El viaje es estimulado por la dimensión filosófica que ahora involucra. Hace reflexionar sobre el hombre, las costumbres que adopta, los objetos con los cuales se rodea. Mas el desplazamiento no solamente pone en juego la inteligencia. Estimula los sentidos: La evolución va de la mano con el ascenso del pre-romanticismo en Inglaterra y en Francia, con el Sturm und Drang en Alemania” (Claval, 2008: 68). En el caso de Humboldt, el influjo del romanticismo no podía ser más fuerte. Esta corriente había surgido en Alemania como una prolongación del Sturm und Drang y no como una reacción ante el clasicismo. Así, un genio como Goethe, quien influyó enormemente sobre su amigo Alejandro, fue un clásico, un sturmer y un romántico. Por otra parte, el romanticismo alemán abarcó todas las expresiones culturales, la filosofía, las ciencias y las artes. También fue un ingrediente importante del nacionalismo alemán, algo que no encontramos en Humboldt, quien más bien se distinguió por su cosmopolitismo.

Como intelectual alemán no podía ser extraño a las excepcionales producciones de Hölderling, Herder, Schiller y Novalis. La literatura agudizó su espíritu científico: *“un escritor puede, sin tener a la vista los resultados de la ciencia, inspirar afición extraordinaria al estudio de la naturaleza, por el atractivo de sus descripciones poéticas, aunque se refieran a lugares muy circunscriptos y conocidos”* (Humboldt, 1944: 207).

Siempre que se habla de exotismo, por lo menos en Francia, se hace referencia a Chateaubriand, también viajero y amigo

de Humboldt. Sin embargo, aparte una bien justificada admiración por el talento narrativo del francés, seguramente no compartía sus posiciones anticientíficas y conservadoras.

Las descripciones de Humboldt se adornan frecuentemente de una especie de hilo-zoísmo poético, aquello que lo conmueve lo escribe, tratando de transmitir al lector sus sentimientos. Por eso se detiene en los colores del paisaje, del mar, del cielo, en las caricias de la brisa, en el rumor de los ríos y en el estruendo de las cataratas. Tan sentida y real son sus descripciones, que en nuestros días, cuando visitamos los raudales de Atures, en la Guayana venezolana, recordamos su admirable interpretación de los ruidos producidos por las aguas impetuosas.

En sus Cuadros de la Naturaleza, reconstruyendo literariamente, la experiencia de las cataratas del Orinoco, escribía: *“La impresión que deja en nosotros el espectáculo de la naturaleza es provocado menos por la fisonomía particular del paisaje, que por la luz bajo la cual se destacan montes y campos, ora iluminados por el azul del cielo, ora ensombrecidos por una nube flotante...El contorno de las montañas que bordean el horizonte en una nebulosa lejanía, el tinte sombrío de los bosques de pinos, el torrente que se precipita entre rocas abruptas, en fin todo lo que forma el carácter de un paisaje se vincula, por un antiguo lazo misterioso, con la vida sentimental del hombre.*

Es ese lazo el que procura los goces más nobles de la naturaleza. En ninguna parte nos penetra el sentimiento de su

grandeza, en ninguna parte es tan poderoso su lenguaje como bajo los trópicos, bajo el cielo del indio..." (Humboldt, 1850: 228-229).

De todo se servía para proyectar la imagen del paisaje vivido: gráficos, dibujos, acuarelas, mapas y sobre todo de la palabra. Supo emplear el mapa dándole a la cartografía la importancia que tendría para el estudio científico de los paisajes y territorios. En sus manos el mapa devino el instrumento confiable para el estudio de las relaciones entre los elementos resaltantes de superficie terrestre. Sin embargo, dio más importancia a la palabra porque por medio de ella *"pasa de un hecho significativo a otro, de una manera lógica y realista, comunicando a su lector más de un conocimiento de los fenómenos de la comarca: le presenta un cuadro, un concepto del conjunto que es más que la suma de sus partes"* (Stevenson-Middleton, 1956: 222).

Es esa descripción sensible, objetiva y subjetiva, científica y literaria la que traza los contornos de la naturaleza de las regiones equinociales y de la sociedad de aquel tiempo. No obstante, la sociedad colonial escondía un tejido de relaciones humanas que el sabio alemán no podía descubrir durante su corta visita, tanto más cuanto su interés principal se centraba en los aspectos físico naturales de este continente.

4. La sociedad colonial

No conocemos muy bien la imagen que Humboldt tenía de la sociedad hispa-

noamericana antes de desembarcar en las costas orientales venezolanas. A juzgar por la información que el filósofo y profesor de geografía, Immanuel Kant, transmitía a sus alumnos, nada podía ser más diferente y por tanto más revelador de la superioridad de los europeos, que la vida y las costumbres de los pueblos colonizados. Vistos de cerca por los viajeros de entonces y desde muy lejos por gente culta de Europa, los indígenas americanos estaban en un plano inferior al de los negros africanos: *"En los países cálidos, los hombres maduran más rápido desde todo punto de vista pero no alcanzan la perfección de las zonas templadas... La humanidad alcanza su más grande perfección en la raza de los blancos. Los amarillos tienen ya menos talento. Los negros se encuentran bien abajo y aún más abajo se encuentran una parte de los pueblos americanos."* (Kant, 1999: 223).

En la segunda parte de su Geografía, Kant describe sucesivamente: La diferencia de conformación y de colores de los hombres en diferentes zonas de la Tierra, algunas particularidades del color negro del hombre, opiniones sobre la causa de ese color, examen de otras propiedades innatas del hombre sobre toda la superficie de la Tierra, sobre las modificaciones que los mismos hombres aportan a su forma, comparación entre las diversas maneras de alimentarse, diferencias de gustos entre los hombres. Todo un programa para identificar más *el de aquí* que *el de allá*. Kant no tenía más información que la extraída de viejos relatos de viajeros y misioneros, y repetía -inex-

plicablemente- sus prejuicios, sus fábulas y extravagancias sobre los habitantes de América del Sur. Consciente de ello, en un pasaje sobre la región del Orinoco, escribe: “*Las notas del señor Humboldt nos prometen nuevas minas de información sobre esta región y gran parte de América del sur*” (Kant, 1999: 330).

Quizá Humboldt hubiera podido forjarse una imagen previa de los criollos a partir de lo que pudo observar durante su estadía en España, antes de su viaje. Pero para ese entonces, ante los europeos al norte de los Pirineos, los españoles eran apenas menos exóticos que los africanos. España, siempre marginada del Grand Tour², todavía en la época de Humboldt, persistía en su atraso, su pobreza y su decadencia, confirmando los estereotipos que desde muchos años atrás se habían construido sobre el pueblo español.

Digamos que Humboldt pisó tierra venezolana con una imagen más o menos formada de la naturaleza tropical, pero sin la correspondiente imagen de la sociedad colonial. Sin duda, la imagen de la sociedad impactaba inmediatamente a cualquier visitante europeo, incluyendo españoles: En la lejanía reflejaba indefinidos rasgos de los pueblos ibéricos que el tiempo, la distancia y la hermosura del entorno habían suavizado, según Humboldt, el carácter y el idioma del colonizador. Con los años, la codicia y la crueldad tendían a desaparecer.

En las apacibles ciudades se notaba, a simple vista, diferencias entre los habitantes basadas en el color de la piel. El viajero no tardó mucho en comprender la clasificación oficial de aquellos indi-

viduos originarios de América, Europa y África. Pero hubiera necesitado más tiempo para analizar los resultados del mestizaje y las consecuencias sociales, económicas, políticas y culturales de ese largo proceso. Aunque tampoco lo hubiera logrado, porque no disponía de los elementos metodológicos para hacerlo. Por lo demás, su atención principal siempre estuvo dirigida a los aspectos físico-naturales.

Para un botánico acostumbrado a las clasificaciones, dotado de una extraordinaria sagacidad, no fue difícil describir las características de las diferentes castas y de paso condenar algunas injusticias y sugerir algunas recomendaciones. No obstante, no pudo extraer una imagen exótica del *otro* porque, en este aspecto, nunca dejó de ser el que miraba de soslayo. Pero además, no era posible capturar una imagen del hombre americano a partir de una sociedad basada en la pigmentocracia.

La nomenclatura del poder colonial estaba organizada en ‘castas’ (españoles peninsulares, criollos, mestizos, mulatos, zambos, negros libres, esclavos e indios), con complicados nexos verticales y horizontales, e importantes variaciones espaciales (Mörner, 1974). El sabio alemán no alcanzó a armar el rompecabezas de la sociedad colonial y sólo percibía la aparente armonía entre el hombre y la naturaleza. Quizá por eso fue un tanto sorprendido y convulsionado por el movimiento independentista americano y no podía imaginar que alguien surgido de *allá* pudiera conducir la gesta emancipadora³. Decimos esto únicamente desde

el enfoque que nos ocupa, ya que nadie niega el peso y la importancia de sus trabajos para la reconstrucción del proceso histórico de las excolonias españolas. Prueba de ello la encontramos en la obra de Charles Minguet (1969), en la que más de la mitad de sus 692 páginas se refieren a los aportes históricos, antropológicos y lingüísticos de Humboldt.

Europa conservaba todavía la imagen exótica del *buen salvaje*, bastante alterada por la aparición del *mal salvaje*: El indígena despiadado, el de los sacrificios humanos y, en lo que nos concierne, el caribe antropófago. Bueno o malo, era el Otro necesariamente dominado por la cruz y por la espada. Humboldt no creyó en ninguno de ellos. Para él, los salvajes representaban la infancia de la humanidad y por consiguiente de interés para la historia de la humanidad. “*A medida que avancemos en el interior de las tierras, aventajará este interés al de los fenómenos del mundo físico*” (Humboldt, 1985 T II: 155). En estos lugares el salvaje era un elemento más de la exuberante naturaleza. En el nuevo mundo, “*el hombre y sus producciones desaparecen por decirlo así en medio de una gigantesca y salvaje naturaleza.*” (Humboldt, 1985 T1: 29).

5. Siguiendo al exota

El exotismo de Humboldt encontró su máxima expresión en la descripción de la naturaleza de las regiones equinocciales, en especial las que corresponden a nuestro país. El indígena pareciera estar incluido en ella, junto a sus maravillas y

curiosidades. Cuando es arrancado de su contexto natural tradicional es con el fin mostrar la generosidad del colonizador y la sumisión agradecida del indígena. En España, por ejemplo, el trofeo de la conquista reaparecía en la imagen de una hermosa india con corona de plumas, flechas y una corta falda, para representar las tierras españolas allende los mares. Las pinturas mostraban indios atléticos arrodillados ante el Gran Almirante, acompañado de soldados acorazados, con estandartes, espadas y lanzas, bajo la mirada tierna del inefable sacerdote⁴. La decadente España saboreaba así una antigua golosina. Su alicaído orgullo parecía decir a los que ya no eran: ¡Así fuimos y somos Nos-otros!

En cuanto a los demás objetos exóticos, unos enriquecieron los jardines botánicos, zoológicos, museos; otros las fuentes de inspiración de algunos literatos.: “*...esta transferencia o esta explotación de seres, de bienes y de objetos por el Occidente, si bien tiene la ventaja de trasladar al occidental a otros países, permaneciendo en su domicilio, y de hacer variar su paisaje cotidiano, tiene también un costo para las poblaciones ‘indígenas’*” (Lévy, 2008: 42).

Después del ya famoso viaje de Alejandro de Humboldt, unos doscientos alemanes vinieron a Venezuela para recorrer los caminos del sabio. “*La gran mayoría de viajeros siguieron la misma ruta, pasaron las noches en las mismas posadas, quizá la misma ruta usada por Humboldt y Bonpland. Los relatos se repetían o se plagiaban.*” (Mörner, 1999: 9). Había de todo entre esos forasteros

decimonónicos: Naturalistas, geólogos, geógrafos, historiadores, artistas y otros que, nos imaginamos, seguían el texto para ver el caimán, el templador, los araguatos, el guácharo, la boa, al indio desnudo, con la misma emoción con que los turistas de hoy, folleto en mano, buscan en nuestras playas a la joven morena bajo el cocotero.

Una vez desplegado, el exotismo escapó de la mirada europea para convertirse en un diferenciador importante de la naciente identidad. Notamos el fenómeno en el talento más cercano al espíritu de Humboldt: El caraqueño Andrés Bello. Podríamos decir el más inmediato, porque ambos se conocieron en Caracas en 1800⁵. El ilustre visitante alemán tenía treinta años y el caraqueño diecinueve. Es todo lo que se puede decir sobre ese episodio. Como se sabe, Bello viajó a Inglaterra en misión diplomática junto con Simón Bolívar y Luis López Méndez el 10 de junio de 1810. En aquel país permaneció hasta febrero de 1829, fecha en la cual viajó a Chile.

Andrés Bello pensaba que los trabajos de Humboldt habían tardado en ser traducidos al castellano y que la traducción debía ser obra de un escritor con conocimientos de las ciencias naturales y el dominio cabal del francés y del castellano. Hubiera podido agregar con el conocimiento de palabras y expresiones del lenguaje de los americanos. La persona que entonces reunía esas condiciones era el mismo Bello.

Bello recordó las vivencias, siempre presentes en él, de la naturaleza de su país natal para recrear la imagen exótica

que lo identificaría. Ese es el sentido profundo de su célebres poemas: *Alocución a la poesía*, publicado en la Biblioteca Americana Londres, 1823, y *La agricultura de la zona tórrida* (Bello, 1981, T.1.)⁶. Escribe sus *Versiones de Humboldt* publicadas en Londres, en *El Censor Americano*, y en *El Repertorio Americano* entre 1826 y 1827. Es un trabajo en el que la interpretación y traducción se realizan con el propósito de divulgar información sobre los pueblos en lucha en esta parte del mundo. Bello hizo suya la descripción humboldtiana agregándole una sensibilidad particular y la perfección del idioma, como se nota claramente a lo largo de sus Versiones

Si antes hemos mencionado el ejemplo de los raudales de Atures, una sensación similar experimentamos en la narración del viaje de Azara, donde ofrece una descripción de las cataratas del río Paraná. Citamos algunas líneas: *“El rocío que se levanta al estrellarse el agua contra las paredes interiores de la roca y contra los peñascos que encuentra en el canal del precipicio, se alcanza a ver a distancia de muchas leguas en forma de columnas, y de cerca presenta, herido por los rayos del sol, multitud de iris de varios colores, en que se percibe un movimiento de trepidación. De estos vapores se alimenta una lluvia que humedece eternamente los contornos; el estruendo se oye a seis leguas, y parece que se ven temblar las rocas vecinas, que están erizadas de agudísimas puntas.”*(Bello, 1981, T. XXIV: 452)⁷.

Al contrario del poeta Andrés Bello, encontramos en su contemporáneo, el

geógrafo Agustín Codazzi, una especie de exotismo a la inversa basado en Humboldt. Codazzi proyecta el recuerdo del entorno geográfico del viejo continente sobre esta tropicalidad, convirtiendo “*los bosques, sabanas y cultivos, en verdaderas zonas geoeconómicas de inspiración europea en la geografía imaginaria del geógrafo italo-venezolano*” (Rojas López, 2007:306).

7. Conclusión

El éxito alcanzado por el *Viaje a las regiones equinociales*, en gran parte se debe a la forma en que el autor reveló la existencia de otro mundo, poco conocido, a pesar de una larga explotación. Al lado de las secas exposiciones sobre las características físicas de aquellas regiones, ofreció también narraciones emotivas de los espacios vividos que modelaron la visión europea del nuevo mundo, fortaleciendo al mismo tiempo el etnocentrismo.

El exotismo resultante se refiere a la naturaleza. No tiene el carácter envolvente de otros conocidos en Europa, como el oriental, el cual evocaba el ambiente y la cultura. Por más que se acerque al indígena, a sus costumbres, a su aspecto, a lo que tiene de atractivo o repulsivo, sólo mostrará la distancia que lo mimetiza en la naturaleza salvaje. Sin embargo, el efecto es poderoso en la consolidación del concepto que de sí mismo tenía el colonialista; es decir, el de agente civilizador. La misión civilizadora o evangelizadora justificaba el exterminio o la sumisión de los pueblos más débiles,

unas veces porque eran buenos salvajes, otras por malos. La naturaleza, tal como la presenta Humboldt, era hermosa y rica. Desde el punto de vista del otro era demasiado grande para la pequeñez de sus pueblos.

Humboldt no pudo transmitir una imagen de la sociedad colonial que pudiera exotizarla, como si lo hizo perdurablemente con la naturaleza. Como lo hace notar Sanhueza (1999: 129): “*El tipo de acercamiento de Humboldt permitió a los latinoamericanos tomar conciencia de su cuerpo físico, geográfico, más allá de las preocupaciones cientistas del mundo cultural del siglo XVIII* (subrayado por el autor). De este modo, América Latina podía valorarse no sólo como una suerte de utopía, sino más bien como un espacio conmensurable presto a la autogestión.

En ausencia de una neta identidad social, los hispanoamericanos retomaron de las versiones de Humboldt un exotismo para exaltar la otredad americana. Es lo que nos sugiere parte de la obra de Don Andrés Bello.

8. Notas

- 1 La expedición a Egipto no se realizó por los conflictos bélicos de la época. Luego, Humboldt iba a participar en una gran expedición por el mar del Sur al mando del capitán Bodin, Después de varios meses de preparación, la expedición fue suspendida por el gobierno francés, por razones financieras (1798). Durante ese tiempo conoció al botánico Aimé Bonpland. Ambos intentaron en

dos oportunidades viajar al norte de África, pero fracasaron en los intentos. Finalmente se marcharon a España de donde partieron a la América española.

- 2 En el siglo XVII, los jóvenes aristócratas ingleses acostumbraban realizar un viaje de formación por algunos países mediterráneos, sobre todo Italia y Francia. A ese recorrido lo llamaban el Grand Tour. Quienes lo realizaban eran los Tourist, de donde proviene le palabra turismo.
- 3 Se cuenta que Humboldt y Bolívar se encontraron en el salón parisino de Fanny de Trobriand. El venezolano le participó a Humboldt su proyecto de liberación de América y éste habría contestado: "*Creo que ahora su país está maduro, pero no veo el hombre que pueda realizar ese proyecto*" (Minguet, 1969: 278).
- 4 Ver artículo de Carlos Rayero, 2004.
- 5 Humboldt había desembarcado en Cumaná el 16 de julio de 1799, después de haber recorrido las provincias de Nueva Andalucía y Barcelona, llega a Caracas en noviembre de ese mismo año. El 3 de febrero de 1800 abandona Caracas para explorar las regiones del sur del país. No existe duda de que Andrés Bello haya conocido a Humboldt durante el tiempo que permaneció en la capital venezolana: La ciudad era pequeña, el círculo de intelectuales era muy reducido y en suma, el exótico en aquel momento era Humboldt. El 3 de enero de 1800, Humboldt y Bonpland ascienden a las cimas del Ávila acompañados por una comitiva de dieciocho personas. Se supone que el joven Andrés Bello formó parte de los acompañantes, los cuales no aguantaron el ejercicio y se regresaron. (Ver Viaje...y Murillo F., 1986: 29).

- 6 Bello clama por un retorno a lo verdaderamente nuestro. Entre muchos versos:
Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama
(Alocución a la Poesía)

la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierra teobroma en la ribera
(La Agricultura de la Zona Tórrida)

- 7 Artículos como este aparecieron firmados A.B. y en las obras completas se atribuyen e Bello. Como escribe Fernando Murillo (1986: 159): "*Nada traiciona que se esté ante un texto basado en otro, escrito en lengua diferente, tal es la tersura del que sale de su pluma.*"

9. Referencias citadas

- BELLO, A.1981. **Obras completas**. La Casa de Bello. T I, 757 p. T XXIV, 737 p. Editorial Arte. Caracas-Venezuela.
- CLAVAL, P. 2008. *Le papier peint panoramique français, ou l'exotisme à domicile*. **Le Globe**. T 148: 65-87. Département de Géographie de L'Université de Genève. Suiza
- HUMBOLDT, A. 1944. **El Cosmos**. Editorial Glem. Buenos Aires-Argentina. 601 p.

- HUMBOLDT, A. 1985. **Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente**. T I, 481 p. T II 458 p. T III: 393 p. T V: 583 p. Monte Ávila Editores. Caracas-Venezuela.
- HUMBOLDT DE, A. 1850. **Tableaux de la Nature**. Librairie de Firmin Didot Frères. Paris-Francia. 294 p.
- KANT, I. 1999. **Géographie**. Aubier. Paris-Francia. 394 p.
- LEVY, B. 2008. *Les racines culturelles de l'exotisme géographique, du Moyen Âge à la Renaissance européenne*. **Le Globe**, T 148: 31-45 .Département de Géographie de L'Université de Genève. Suiza.
- MINGUET, C. 1969. **Alexandre de Humboldt**. François Maspero. Paris- Francia. 692 p.
- MÖRNER, M. 1974. **Estado, razas y cambio social en Hispanoamérica colonial**. SepSetentas. México. 158 p.
- MURILLO R., F. 1986. **Andrés Bello. Historia de una vida y de una obra**. Casa de Bello. Caracas-Venezuela. 493 p.
- RAYERO, C. 2004. *Pasivos. Exóticos. Vencidos. El indígena americano en la cultura oficial española del siglo XIX* **Revista de las Indias**. Vol.LXIV (232): 721-748.
- ROJAS L., J. J. 2007. *Agustín Codazzi y los paisajes de una geografía imaginaria en Venezuela*. **Revista Geográfica Venezolana**. 48(2): 299-308.
- SANHUEZA, C. 1999. Alexander von Humboldt y Benjamín Mackenna, cercanías desde la distancia. En: Rodríguez, J. A.: **Alemanes en las regiones equinociales**. Alfadil Ediciones. Caracas. Venezuela. 410 p.
- SEGALEN, V.1989. **Ensayo sobre el exotismo. Una crítica de lo diverso**. Fondo de Cultura Económica. México. 150 p.
- STASZAC, J-F. 2008a *Danse exotique, danse érotique. Perspectives géographique sur la mise en scène du corps de l'Autre (XVIIIè-XIXè siècles)*. **Annales de Géographie**. 117 (660-661): 129-158.
- STASZAC, J-F. 2008b. **Qu'est-ce que l'exotisme**. **Le Globe**. T 148: 7-30 Département de Géographiestité de Genève. Suiza.
- STEVENS-MIDDLETON, R. L. 1956. **La obra de Alejandro Von Humboldt en México**. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México. 269 p.